

Domingo II del Tiempo Ordinario/B
(1 Sam 3, 3-10.19; 1 Co 6, 13-15.17-20; Jn 1, 35-42)

Buscar y encontrar a Cristo, manantial inagotable de verdad y de vida

"¿A quién buscan?" son las primeras palabras de Cristo en el evangelio de san Juan; quiere averiguar la recta intención de estos primeros seguidores. El joven Samuel en la primera lectura también buscaba a Dios, por eso le servía feliz en el templo día y noche a las órdenes del sacerdote Elí. San Pablo nos recuerda en la segunda lectura que quien busca y encuentra al Señor tiene que llevar una vida digna, porque somos del Señor y nuestro cuerpo se convierte en templo del Espíritu.

Tres veces en su vida hizo Jesús la misma pregunta: "¿A quién buscas?". La de hoy, al inicio de su ministerio apostólico, a éstos que serían sus primeros discípulos. La última noche de su vida mortal se la hizo a la policía que le detuvo en el huerto de Getsemaní (Jn 18, 4-5). Y a María Magdalena, la mañana de Pascua (Jn 20, 15-16).

"¿Qué buscan?", "¿Dónde vives?", son las preguntas que guían ese hermoso diálogo que llevará a los discípulos a descubrir que Jesús es el Maestro, Profeta, el Santo, el Mesías prometido por los profetas de Israel...

No era fácil la vida de los israelitas cuando apareció Juan Bautista junto al Jordán, donde predicaba y bautizaba. Anhelaban tantos bienes. Israel, un pueblo con vocación de libertad, vivía sujeto a la dominación romana, y sufría la influencia de costumbres y religiones distintas a la suya, que amenazaban su identidad. También estaba amenazado su mayor tesoro: la revelación que se refería a Dios, rico en vida y misericordia, lento a la ira y pronto al perdón, padre de los pobres y los marginados.

Entre los israelitas, un número considerable esperaba la realización de las promesas de Dios y su reinado de justicia y de paz. Anhelaban y buscaban al Mesías prometido. A este grupo pertenecían los dos discípulos a los cuales Juan Bautista les señaló al Cordero de Dios.

De inmediato siguieron sus pasos. Jesús les pregunta: "¿Qué buscan?". El Mesías sale al encuentro del ser humano y le pregunta por sus inquietudes y expectativas.

El Señor nos salva asumiendo la condición humana. Nos propone que le confiemos nuestras esperanzas, nuestra libertad y nuestros proyectos. Los dos discípulos no enumeraron las cosas buscadas por su pueblo. Buscaban al Mesías y el don de la sabiduría divina.

Hoy, nosotros nos podemos preguntar: ¿qué busco? ¿Qué he buscado en mi vida? ¿Qué he encontrado? Hemos buscado tantas cosas. Desde luego, seguridad en las poblaciones y en las calles, empleos dignos y para todos, remuneraciones que consideren principios éticos y así garanticen a todos una vida conforme a su dignidad, pensiones que ayuden a quienes tienen menos recursos, como asimismo medidas efectivas para disminuir la escandalosa brecha que existe entre los más altos y los más bajos ingresos familiares. Hemos querido que se erradique la corrupción y también el narcotráfico, y hemos puesto una gran esperanza en la justa respuesta a la aspiración que tienen todos los jóvenes y los niños de recibir una educación de calidad. Queremos que no se recurra a la violencia para solucionar los problemas, sino al diálogo y al respeto de los derechos de los demás, de manera que haya paz en las familias, paz en las aulas, en las empresas, en las poblaciones.

Queremos que los servidores públicos se entiendan, colaboren entre sí, no usen los hechos del pasado como arma política en el hoy, eviten las descalificaciones personales y busquen el bien del país, y no en primer lugar el bien de su grupo político o de sí mismos. Buscamos por eso más amistad cívica, más espíritu de solidaridad que emprenda tareas de bien común, que venza la marginación, que colabore en las desgracias, y traiga cercanía y confianza en la soledad y en la enfermedad. Buscamos más asombro y gratitud por la hermosa naturaleza que Dios nos regaló, y más respeto por ella, de manera que sea fuente de alegría para el espíritu, pero asimismo de energía, belleza y riqueza para todos, en bien de un desarrollo que nos favorezca a todos, también a los pobres, y sea verdaderamente sustentable.

Buscamos el bienestar material y espiritual que nos permita vivir sin sobresaltos, y la solidaridad que necesitan los pobres debido al encarecimiento de los alimentos y de la vida, que llena a tantas familias de tristeza y aflicción. Buscamos sobre todo esa confianza en Dios que nos ayuda a vivir sin temor en el hoy y sin angustia por

el mañana, y que nos alienta a cumplir nuestra tarea en bien de los demás, y para peregrinar por este mundo con la alegría de llegar un día a la felicidad del cielo.

Nosotros, al igual que los primeros discípulos, no busquemos tan sólo bienes materiales y espirituales, busquemos el rostro y la bondad de Jesucristo, busquemos a Aquel que es el origen de nuestra sabiduría, nuestra esperanza, nuestra solidaridad y nuestro canto. Ser discípulo de Cristo le basta al cristiano. La amistad con el Maestro asegura al alma paz profunda y serenidad incluso en los momentos oscuros y en las pruebas más difíciles. Cuando la fe atraviesa noches oscuras, en las que se deja de «oír» y «ver» la presencia de Dios, la amistad de Jesús garantiza que en realidad no hay nada que nos pueda separar de su amor (Cf. Romanos 8, 39).

Buscar y encontrar a Cristo, manantial inagotable de verdad y de vida: la palabra de Dios nos invita a retomar, al inicio de un nuevo año este camino de fe que nunca acaba. "Maestro, ¿dónde vives?", preguntamos también nosotros a Cristo y Él nos responde: "Vengan y lo verán". Para el creyente, se trata siempre de una incesante búsqueda y de un nuevo descubrimiento, pues Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre, pero nosotros, el mundo, la historia, no somos nunca los mismos, y Él nos sale al paso para darnos su comunión y su plenitud de vida. Pidamos a la Virgen María que nos ayude a seguir a Jesús, experimentando cada día la alegría de penetrar cada vez más en su misterio.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)